

Sociedad

EDUARDO GARCIA
Fotos: ISAAC RUBIO

«Pueblo Ejemplar 1992»

Novellana es tierra de marineros atrapada por la montaña. Hace unos días, esta localidad del municipio de Cudillero ha sido galardonada, junto con su vecino Soto de Luiña, con el premio «Pueblo Ejemplar 1992». Dicen que entre sus peñas se esconde un inmenso tesoro árabe, y corren entre sus gentes historias de piratas y de xanas. Novellana crece entre los acantilados, y los más viejos del lugar recuerdan aquellos prodigiosos tiempos en que los percebes eran recogidos en carros y subidos cansinamente por bestias de carga. Hoy ya no hay percebes o, al menos, no tantos como había. Los vaqueiros de las sierras ya no sufren de aislamiento secular, y en la playa del Silencio, muy cercana al pueblo, hay quien disfruta del «top-less».

Este reportaje será complementado la próxima semana en «La Revista» con otro en torno a Soto de Luiña.

Ambas localidades distan 8 kilómetros por carretera. Son diferentes pero desde ahora les une un premio muy especial.



Novellana y la isla del tesoro

La localidad del municipio de Cudillero vive entre mil proyectos de mejora y otras mil leyendas relacionadas con la naturaleza: el Camino de Santiago dejó huella profunda en esta frontera de la montaña y del mar



Abel conoce la peña como la palma de su mano. Cuando era crío solía cruzar ese «cachín» de Cantábrico para buscar, con pico y pala, el viejo tesoro de los moros, siempre mentado pero nunca encontrado. Dicen que en esa peña que se convierte en isla y que sirve como ariete de Novellana frente al mar hay una piedra en forma de media luna y que bajo sus formas mágicas se esconde un arca repleta de oro.

A la derecha, el cabo Vidío; a la izquierda, el Busto, como dos brazos terreros que alargan su mano entre olas y bruma. Novellana acabó allí, entre pastizales y acantilados, donde las parejas comparan sus amores con la inmensidad del horizonte.

La Cogolla, que así se llama la peña del tesoro, está rodeada de hermanas menores, rocas que desafían las mareas y que en el pueblo aseguran que son las mejores en percebes. Así lo grita Abel a los cuatro vientos, fuertes y silbantes.

«Los cargábamos en carros y el caballo casi no podía subir por el peso. De aquella, el kilo de langosta se pagaba a doce pesetas. Ahora, nada. Llegaron los submarinistas y se lo llevaron todo».

Abel tiene edad indefinida y ojos sabios. «Recuerdo que venía desde Avilés un velero al que llamaban «El Barbas», y que cargaba las langostas que mi «güelu» cogía. Una vez me dio dos reales de los de «furaquín».

Los perfiles de la costa dejan entrever el puerto de Cudillero, al que pertenece Novellana, un pueblo que cuatricula su población en verano, pero que se queda con dos centenares de súbditos el resto del año.

En el picó de las Palancas y en el Monteagudo, las nubes chocan con estrépito. Novellana tiene verdes y grises de cuento, y quizá por eso está plagada de elementos de leyenda, que son a la vez mentira podrida y verdad mayúscula.

Los piratas

«Yo lo del tesoro, no sé, no sé... Conozco unas grutas cerca de aquí que son el lugar más seguro para esconderlo, pero ya perdí la esperanza».

Novellana parece desde la carretera un pueblo vulgar. Ocorre con casi todos los pueblos, que encierran sus encantos lejos del ruido de los motores. A unos centenares de metros, las playas del Silencio y de Aguadulce, ésta última con una cascada natural, emergen y se agrandan entre soledades cantábricas. Encima de las playas, como

prendida en el límite de lo imposible, está Castañeras y mucho más atrás, mucho más arriba,

aún se pueden encontrar cabañas de vaqueiros.

María Jesús estudia Filología



en Pamplona, pero está unida a Novellana por vínculos familiares. Dice que las familias de vaqueiros están perfectamente integradas en la vida del pueblo, aunque permanezcan fieles a sus costumbres. «Hay quien todavía baja a lomos de caballo».

Cuentan en el pueblo que siglos atrás la zona era periódicamente arrasada por barcos piratas y que en aquellas ocasiones sólo los vaqueiros se libraban de las razias de calavera y tibias. Les tenían miedo o, simplemente, no estaban tan a mano como los pobres mortales de la localidad, convertida ahora en el pueblo ejemplar de 1992.

Cuenta la leyenda que una noche oscura como boca de lobo dos mujeres del lugar avanzaban por un camino con ayuda de teas encendidas. Y que en un recodo fueron sorprendidas por una partida pirata. Los mercenarios las raptaron, se beneficiaron de ellas y después las arrojaron a un pozo de mar, que desde entonces se llama el pozo de las Mujeres Muertas. La misma narración

Pasa a la página siguiente

Arriba, los niños de la escuela. A la izquierda, Abel, frente a los acantilados que dan -dicen- los mejores percebes del mundo.